

Pierre CHAUNU, *L'Amérique et les Amériques, de la Pré-histoire à nos jours*, París, Armand Colin, 1964, 470 pp., 200 ilus. ("Destins du Monde", col. dirigida por F. Braudel, VIII).

Sería inútil presentar a Pierre Chaunu a los lectores de *Historia Mexicana*. Su colaboración con la revista le dio a conocer antes incluso de la publicación completa de *Seville et l'Atlantique*, enorme colección en doce volúmenes, "Suma" sobre la América española del antiguo régimen. La obra que nos ofrece hoy tiene un alcance diferente. Esto no quiere decir que sea accesible al gran público. Su estilo brillante, su entusiasmo erudito, las ricas y frecuentes alusiones, lo hacen el libro de una *élite* de lecturas variadas, al corriente de la actualidad literaria, política y económica, nutrida de antemano por un determinado tipo de historia. Más allá de esa *élite*, los propios especialistas encontrarán un tema de pensamiento, un tema incluso para reaccionar, porque el autor suele tomar partido y a veces toma partido violentamente. Aquellos que no estén de acuerdo con este o aquel punto de vista, tendrán al menos que admirar la audacia apoyada firmemente en una demostración o en una acumulación de pruebas; o bien se indignarán contra el aspecto de evidencia que el autor le confiere, como si esa evidencia fuese algo natural, mientras que a ellos les parecería evidente lo contrario. El libro de Pierre Chaunu puede ser que meta bastante ruido en las dos orillas del Atlántico.

L'Amérique et les Amériques aparece en el momento preciso. Hace unos doce años apareció *L'Amérique* de Jean Gottman en la colección *Les Cinq Parties du Monde*. Sólo habían pasado unos cuantos años desde el final de la guerra. El público culto de Francia necesitaba conocer la nueva América surgida del conflicto, la América del *Constellation* y de la coca cola, la América de Knoxville, de Monterrey y de Volta Redonda. De entonces acá, ha sido siempre de una actualidad palpitante, que ha aumentado aún más con la aventura castriata. Ésta ha logrado desviar el interés de los observadores: la mirada fija hasta entonces sobre los Estados Unidos, se han vuelto, hartos de una documentación abundante, hacia América Latina, que había permanecido en la sombra y que aparecía como un campo nuevo para la investigación. Ésto explica la aparición de una multitud de trabajos sobre América Latina, el capricho empecinado y celosos que América Latina es para Europa y que en Francia llegó al climax con el viaje del general De Gaulle al otro lado del Atlántico.

Pero *L'Amérique et les Amériques* de Pierre Chaunu llega también al momento preciso en lo que se refiere al plano científico. El conocimiento de las culturas dentro de su soporte geográfico y en su espesor histórico se antoja para los franceses de hoy como un elemento esencial de la cultura del ciudadano del Universo. En la enseñanza secundaria, los programas de las clases superiores se refieren, en Historia, a las grandes culturas actuales; y las de América ocupan muy buen lugar. En todas las universidades importantes del mundo se llevan a cabo programas de *áreas culturales* o de *area studies*, de investigaciones interdisciplinarias sobre las culturas actuales. El *Congreso internacional de americanistas* demostró en su última sesión —reunida en España durante el verano de 1964— hasta qué punto América era un fenómeno digno de ser estudiado en sí: como proyección de las culturas asiáticas, europeas y africanas sobre un continente virgen. En ese momento aparecía en Nueva York el libro de Lewis Hanke, *Do the Americas Have a Common History?* en el que, bajo la dirección de este gran historiador, varios autores volvían a discutir la célebre teoría de Bolton sobre la unidad americana. En una época en la que el jet hace de la América Latina una zona aledaña, como California o Arizona, de la Nueva Inglaterra o de los Grandes Lagos, resulta cada vez más difícil separar a unas Américas de otras. Pierre Chaunu nos muestra que no es nada nuevo, sino que esto ya existía en la América que va de la prehistoria a 1940. Es más, para él los años que empiezan en 1960 inician un giro, el de una América sin límites, preparada desde hace mucho y que ahora estalla: no se puede hablar ya de historia americana; “en el mejor de los casos hay una modalidad americana de la historia del mundo” (p. 348).

El lector de *Historia Mexicana* supongo que aceptará que, antes de que le hable de México en el libro de Pierre Chaunu, le hable de esa América de la que México es parte integrante y vital.

La presentación de América empieza por una “gramática” de la historia americana. Si se habla de gramática ¿debemos hablar de “las leyes” de esa historia?, pregunta el comentador que escribe la solapa del libro. ¿Gramática? Sí, el diálogo, en América, del hombre y del espacio, del hombre y del tiempo. “Un espacio interminable ha encasillado a la humanidad amerindia, obligando a cada una de las civilizaciones a recorrer el camino desde los inicios; después la historia colonial ha modelado este espacio con dos experiencias indelebiles: la “Conquista”, factor regresivo, y la “frontera”, factor

fecundo. El *tempo* americano es un *tempo* corto, agitado, que se presenta alternadamente precipitado y provincial y que compone con el espacio una modalidad típicamente americana de la historia". En el pensamiento de Pierre Chaunu se puede advertir la marca indeleble del pensamiento de su maestro Fernand Braudel y del tratamiento de la historia que creó: la historia geográfica. Séame permitido evocar un recuerdo personal: Pierre Chaunu y yo nos hallábamos entre los primeros alumnos que Fernand Braudel tuvo al regresar del cautiverio, durante la Liberación. El primer curso que dictó fue sobre América Latina, y la primera clase fue sobre el espacio americano, aplicando a América el método que estaba haciendo célebre para el Mediterráneo. Método alimentado sobre todo en las fuentes de la escuela geográfica francesa de Vidal-Lablache y de sus sucesores. Pierre Chaunu también bebe en ellas. En lo que dice sobre la oportunidad geográfica de los Estados Unidos he podido advertir la teoría del abanico, a la que tan afecto era el geógrafo André Allix, también discípulo de Vidal-Lablache: la rápida sucesión de líneas isotérmicas perpendiculares a la costa en las cercanías de Baltimore y que sitúa las riquezas de las tierras frías cerca de las riquezas de las tierras calientes, el cuello de botella por el que entra en América del Norte la cultura europea, las líneas isotérmicas se van separando poco a poco a medida que se adentran en el interior, tomando posteriormente la dirección norte-sur que les da, vista desde lejos, el aspecto de un abanico.

Más allá de esta gramática, Pierre Chaunu nos ofrece un admirable fresco de la epopeya americana que divide en cuatro grandes períodos: la América de la Conquista (fines del xv a principios del xvii); América colonial múltiple y replegada (1600/1640 a 1763/1775); fines y supervivencias de la América colonial (1763-1865); América dominante (1865-196?). Esta periodización, como dicen los alemanes, exige ciertos comentarios. El viraje de los años 1600 es visto esencialmente desde el observatorio español. Es el momento del gran reflujo, el cambio no sólo del movimiento secular sino también de la tendencia dominante, que será negativa de ahí en adelante para el mundo español hasta el siglo xix y desde algunos puntos de vista hasta el xx. Pero no es un viraje para la América francesa, ni para la inglesa ni para la portuguesa. Para la holandesa es más un inicio que un viraje. ¿Tal corte se justifica? Sí, decimos, apoyando a Pierre Chaunu, porque la América española es en ese momento la América dominante; una América que domina a todas las demás en la medida

en que éstas existen y en primer lugar a la América portuguesa cuyo soberano resulta ser, entre 1580 y 1640, precisamente el rey de España. Pero también una América que domina al mundo con el flujo y reflujo de su plata. Pierre Chaunu lo había mostrado en su *Sevilla y el Atlántico*, después de Earl Jefferson Hamilton. Por eso, llamar al siglo xvi la época de la *Conquista*, con la palabra española, expresa bastante bien ese primer contacto de Europa con América, contacto llevado a cabo especialmente bajo el signo de la civilización hispánica.

El segundo período dejaría una huella profunda en América: la época colonial ve cómo se desarrollan sociedades aisladas unas de las otras, que aprenden a no necesitarse unas a otras, estando en contacto cada una de ellas con un trozo de Europa. Entonces se contraen costumbres que aún perduran y que el Mercado Común Latinoamericano trata hoy de superar. Hermosa época, de acuerdo con Pierre Chaunu. Hermosas civilizaciones agrarias se instalan con su arte barroco, claramente el arte de las sociedades que viven de la tierra, rurales, como lo mostró Víctor Lucien Tapié en el caso de Europa. Y esta América es en parte una América estancada: es la América española. Pero al lado hay Américas en marcha: Brasil, las Antillas, las Trece Colonias, el Canadá.

Finalmente ¿marca la guerra de secesión una última vuelta? Sí, si se considera que la revolución industrial de los Estados Unidos les permite esperar el substituirse a Europa como metrópoli de América. Esto sería una realidad con la primera guerra mundial. A partir de entonces, la "América dominada" está dominada por la América dominante.

Pero, ya lo hemos dicho, el libro de Pierre Chaunu, está plagado de magníficos *partis-pris*. ¿Se nos reprochará, siendo críticos en este caso, el estar de acuerdo con ellos, no sólo porque merecen la pena, porque son fecundos para la reflexión histórica, sino también porque son una reacción en contra de las ideas recibidas que aparecen aún con harta frecuencia en los manuales, en las obras de vulgarización, alta o baja, e incluso en los libros que se proponen —y a veces con razón— como serios? Veamos dos casos: la oportunidad del Brasil y la catástrofe de la Independencia.

Brasil tiene la suerte de concretarse un siglo después de la América española. En una época de repliegue general se encuentra, gracias al azúcar, en plena expansión. La invasión holandesa es para él una molestia, pero paradójicamente, también le sirve. Río y Bahía se han aprovechado de la ocupación de Pernambuco. Y también Pernambuco que,

todavía en el siglo xx, conserva tantos prestigiosos recuerdos de la ocupación flamenca. La tierra iba a ser mediocre en la tierra de Santa Cruz cuando, casi por casualidad, los *bandeirantes* descubren oro en Minas. Así va a acelerarse un destino que es una prefiguración del de los Estados Unidos lanzados a la conquista del Oeste. En efecto, como los Estados Unidos, Brasil tiene una *frontera*, en el sentido que le da Turner y el historiador texano Prescott Webb, cuyo aspecto pintoresco es bien conocido de sus colegas mexicanos. En el siglo xvi Brasil es un archipiélago; en el xviii es ya un continente. La oportunidad y la frontera persistirán hasta el siglo xix con el café de São Paulo y el cacao de Bahía, en el siglo xx con el hierro y el algodón. Demasiadas veces hemos defendido en nuestras obras ideas análogas para no estar de acuerdo con ellas. ¿Quién no lo está? Sin embargo, hoy, la oportunidad del Brasil, no se ve tan clara por estar el país enmarañado en sus dificultades políticas y económicas. México parece estar mucho mejor colocado. La oportunidad de Brasil es de todos modos y en primer lugar, una paradoja en cierta manera.

El otro *parti-pris* parecerá, para muchos, más escandaloso. La Independencia fue una catástrofe para la América española. Uno de los casos afortunados del Brasil fue el haberse escapado de ella en su forma más nefasta: el Imperio mantuvo un marco colonial sólido, habiendo tomado Inglaterra el lugar de Portugal, o más exactamente, habiendo terminado por substituirle en cuanto metrópoli económica. El pueblo no fue más víctima que antes de los colonos, ni éstos se vieron liberados de las trabas que les colocaba la autoridad de un estado fuerte. Pero en la América española, la Independencia fue para una minoría de criollos la ocasión de liberarse de una tutela molesta, de sacudirse los complejos que tenían frente a los *gachupines* o *chapetones*, de escaparse del dominio económico de los mercaderes españoles para caer bajo el de los comerciantes ingleses. No hay una verdadera guerra de Independencia sino guerras civiles que hacia 1815 parecen haber fracasado: la balanza del destino oscila en ese momento y, de no haber sido por las torpezas de Fernando VII, la América española hubiese seguido siendo española. Pero Fernando VII era un torpe. No había tenido la suerte, como Juan VI o Pedro II, de haber pisado el suelo americano. Y la catástrofe definitiva se consumó.

El siglo xix, tan mal conocido y del que tanto se ha presumido, le parece a Pierre Chaunu como un siglo de retroceso de la América española. Y los argumentos de Pierre Chaunu

serían totalmente convincentes si no se olvidara de que la falsa independencia del XIX era quizás necesaria para preparar la verdadera, la que se construye en el siglo XX. Pero no nos anticipemos. . .

En esta historia cósmica es donde hallaremos a México a cada paso, en primer lugar como pieza principal de la "verdadera" Conquista, en 1519 (p. 78), después en el centro del problema que es la encomienda y la hacienda (p. 100), tiene acto seguido el papel más original y espectacular en esta guerra civil de Independencia donde el México blanco criollo moviliza a los indios fanatizados por los curas, que se lanzan al asalto de su propia destrucción, pero donde los indios recapacitan y, con Juárez, triunfan sobre los conservadores, al invertirse justamente la situación; el México, en fin, que por la vía peligrosa del capitalismo extranjero de la era porfiriana, y por la revolución y la reforma agraria, llega al anhelado período del *take off* y de la autonomía económica (p. 323). La historia mexicana es una de las que mejor conoce el autor. Ha utilizado ampliamente los trabajos de la escuela de Berkeley. Pero lo que interesará al lector mexicano es ver cómo la evolución de su país queda situada en el conjunto más amplio de América "latina", y más allá de la "latina", en América a secas. ¿Es México una América entre las Américas? Seguramente. ¿Una América española? Quizá, pero sólo quizá.

Frédéric MAURO
Universidad de Toulouse